

moderno. ¿Cuál es entonces la misión religiosa de los Francos? No vacilan en demoler lo que sus antecesores han edificado. Pero los filósofos, al destruir el catolicismo, preparan una nueva era religiosa, porque la humanidad no podría vivir un solo día sin creer.

§ II.—Conquistas de los Francos.

N.º 1.—Conquista de la Galia.—Destrucción del arrianismo.

Clovis no conquistó la Galia de los Romanos, sino de los Bárbaros. Tres pueblos se disputaban aquella presa: los Alanos, los Borgoñones y los Visigodos. Los Alanos hicieron irrupciones en las Galias desde los primeros siglos de la era cristiana, y fué necesario el genio de Juliano para rechazarlos más allá del Rin. Su confederación, que se aumentaba incesantemente con el reclutamiento de nuevas tribus, les pudo hacer señores de la Galia si no hubieran vencido los Francos; pero el choque de los dos pueblos fué decisivo. ¿Por quién se pronunció la victoria? Por aquel que servía los designios de la Providencia. Clovis, ya preparado á la fe cristiana por Clotilde, viendo que sus bandas retrocedían, renegó de las divinidades impotentes á quienes había adorado hasta entonces, é invocó al Dios que da la victoria, y la victoria coronó su invocación, saliendo triunfante del combate.

El bautismo de Clovis fué el principio de un nuevo orden de cosas. Cuando marchaba hácia el baptisterio, San Remy le dice: "Amánsate, Sicambo, y dobla la cabeza; adora lo que has quemado y quema lo que has adorado," (1). Los Francos, de Bárbaros que eran, van á ser los soldados de Cristo, los campeones de la Iglesia ortodoxa. Clovis era el único rey católico de la cristiandad. Los pueblos bárbaros contra quienes iba á conquistar las Galias estaban afiliados al arrianismo, mientras que la masa de la población seguía la fe de Nicea. Todas las esperanzas de los católicos se cifraron en el rey de los Francos: "Los ángeles, dice el biógrafo de San Remy, se regocijarán en el cielo, y todos aquellos que verdaderamente aman á Dios se regocijarán en la tierra," (2). Los obispos de las Galias,

(1) GREGOR. TURON., II, 31.

(2) HINCMAR., *Vita Remigii* (DOM BOUQUET, *Compil.*, t. III, página 377).

y aún aquellos mismos que vivían bajo la dominación de los Borgoñones y de los Visigodos, enviaron felicitaciones al nuevo Constantino con objeto de alentarle (1). *San Avito*, súbdito del rey de los Borgoñones, escribió á Clovis como á su soberano: "Le saluda como á un árbitro llamado á decidir las contiendas que dividen á las comuniones cristianas; su conversión hará que triunfe de sus adversarios la verdadera fe. El Señor acabará bien pronto por su medio la conversión de los Francos: que se disponga desde luego á dar á conocer el santo nombre de Cristo á los pueblos que aún le ignoran," (2). Esa carta profética trazaba á Clovis la senda por la que debía marchar. No sabemos si el rey bárbaro tuvo conciencia de la alta misión que le anunciaba el obispo de Viena; pero es lo cierto que comprendió las ventajas políticas que podía procurarle su alianza con la Iglesia.

Los obispos, que en medio de las turbaciones de la invasión habían sido los representantes de las poblaciones vencidas, no vacilaron en anteponer sus creencias á los deberes de ciudadanos. *Gregorio de Tours* dice "que todos ellos deseaban la dominación de los Francos con un deseo de amor," (3). Las muestras de afecto que *San Avito* dirigió á Clovis eran casi una amenaza contra la dominación borgoñona: "Sois un sol que se levanta sobre todo el mundo y cuya luz no tiene derecho de apropiarse ningún país determinado; verdad es que los que tienen la dicha de estar más cercanos al vuestro gozarán de más esplendor; pero no dejan de estar alumbrados los más remotos... Nosotros mismos tomamos un grande interés en vuestros triunfos, y cuántas veces los obtenéis, creemos haber conseguido una victoria," (4). Una conspiración católica precedió y facilitó la invasión de Clovis; y cuando sus descendientes terminaron la conquista de la Borgoña, las poblaciones, trabajadas por el clero (5), se entregaron, digámoslo así, por sí mismas á los conquistadores (6).

La caída de los Borgoñones fué definitiva: no poseían las condiciones de una verdadera naciona-

(1) El papa Anastasio escribió igualmente una carta de felicitación á Clovis (DOM BOUQUET, t. IV, p. 50).

(2) SAN AVITI *Epist.* 41 (DOM BOUQUET, *Compil.*, t. IV, p. 49).

(3) GREGOR. TURON., II, 23.

(4) SAN AVITI *Epist.* 41 (BOUQUET, t. IV, p. 50), traducción de DUBOS.

(5) FAURIEL, *Historia de la Galia meridional*, t. II, p. 43, 101.

(6) *Vita S. Sigismundi, Regis Burgund.* (ap. BOLLAND., I Ma-vol: «Multitudo maxima Burgundionum se Francis sociavit.»

lidad. Desde el principio les faltó vida; satisfechos con la parte de las Galias que les habían cedido los emperadores, no conocieron la ambición de conquista, y naturalmente debían ser presa de aquel que se hiciera dueño del resto de la Galia. No sucedía así á los Visigodos: rama de un pueblo que había sido el primero en encetar el imperio, aspiraban á la dominación del Occidente (1). *Sidonio Apolinar* nos ha dejado un cuadro de la corte de Eurico, el más emprendedor de los reyes de Tolosa. Si hemos de creer al obispo poeta, de todas las partes de Europa, y hasta del Oriente, llegaban diputaciones á la corte del monarca visigodo. Allí vió al Borgoñon, de siete piés de estatura, arrodillándose para pedir la paz; al Romano, implorando, á las orillas del Garona, socorro contra los Bárbaros que habían subyugado el Tiber, y al Ostrogodo, que venía de las orillas del Danubio para solicitar auxilios contra los Hunos. También vió á un anciano jefe sicambro, con el cabello cortado en señal de su derrota; y el vencido obtuvo el favor de dejar crecer su cabellera, signo de su alto rango. En una palabra, no había nadie, incluso el Parto, descendiente de los Arsacidas, que no fuese á implorar el favor del rey de los Godos (2).

Los Visigodos eran por sí mismos un enemigo temible; su enlace con los Godos de Italia aumentaba su poder. En vano había intentado Teodorico hacer de Clovis un aliado de los Godos dándole á su hermana por mujer; no tardó en ver que ningún vínculo era capaz de encadenar la ambición del joven conquistador. Cuando Clovis invadió la Galia meridional, el rey de Italia empleó toda su influencia con el mundo bárbaro para contener, por medio de una coalición, el creciente poderío del jefe de los Francos; y al efecto, le escribió una carta, moderada en la forma, pero amenazadora en el fondo, proponiéndole que los Francos y los Visigodos sometiesen sus diferencias á árbitros, y añadiendo "que cualquiera de los dos que despreciase sus consejos tendría por adversarios á él y á sus aliados." Teodorico trató de unir por medio de una alianza á los Borgoñones, los Turingios, los Hérulos y los Warnas; y en sus cartas á los jefes alemanes denunciaba claramente los proyectos am-

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 45: «Euricus ergo, Visigothorum rex, evolvam mutationem r. manorum principum cernens, Gallias suo jure nisus est occupare.»

(2) SIDON. APOLLIN., *Epist.* VIII, 9.

biciosos de Clovis: "Las naciones deben asociarse para castigar el orgullo, siempre detestable á los ojos de la divinidad, porque aquel que oprime á un pueblo no podrá ser justo para con los demás: engreído por el éxito, cree que puede humillar al mundo entero... Hagamos entender á Clovis que debe respetar el derecho de las naciones, si no quiere que caigan sobre él esas mismas naciones cuyos consejos desprecia. Y os manifestaré todo mi pensamiento; él quiere destruir los Estados que no le convienen, y vale más contenerle desde el principio que resistirle despues separadamente," (1).

Por lo visto, Teodorico no logró llevar á cabo aquella liga contra el conquistador de las Galias. El rey de los Godos iba mucho más adelante que su época. La idea de contener los proyectos de monarquía universal por medio de una coalición de los pueblos amenazados se verá reproducida en los tiempos modernos y llegará á ser una barrera contra la ambición de los conquistadores. Pero en el siglo VI, las relaciones entre los pueblos eran escasas, y sus vínculos demasiado débiles, para que fuese posible una alianza seria. Á mayor abundamiento, esa alianza no era necesaria. Verdad es que los Francos trataron de restablecer en su provecho la dominación de Roma; pero esa unidad ficticia no era viable; apenas formada se rompió, y la Europa fué fraccionada en infinito número de pequeñas soberanías.

Mientras tanto el poder de los Godos de Italia, unido al de los Visigodos, bastaba para aniquilar á Clovis. Pues ¿cómo un pueblo que tomó á Roma y que conquistó las Galias y la España sucumbió ante un puñado de Francos? *Gregorio de Tours* da la razón providencial: "El rey Clovis confesaba la Trinidad, y con su auxilio ha reprimido á los herejes y extendido su dominación por toda la Galia. Alarico negaba la Trinidad, y fué privado de su reino, de sus súbditos, y, lo que es más todavía, de la vida eterna," (2). Impotente para llenar la misión de la Iglesia, el arrianismo arrastró consigo en su ruina á los pueblos y á los príncipes que le fueron adeptos. Los reyes de los Godos, dice un escritor contemporáneo de Eurico, tienen tanta aversión al catolicismo, que se les tendría por jefes de su secta más bien que por reyes de su nación.

(1) CASSIODOR., *Var.*, III, 4, 3.

(2) GREGOR. TURON., III, 1.

Sidonio Apolinar describe el estado deplorable de las iglesias católicas bajo la dominación de los Visigodos: "Cubiertas de hierba y de zarzales, sin techo y sin puertas, parecían madrigueras de bestias bravas; á los obispos desterrados ó proscritos no se les reemplazaba," (1). Si el imperio de los Godos hubiera continuado, el catolicismo habría sucumbido.

Pero hé aquí que llega el defensor de la Iglesia. Clovis reúne sus guerreros y les dice: "Me disgusta que esos Godos, que son arrianos, ocupen la mejor parte de las Galias; vamos sobre ellos con la ayuda de Dios y echémosles; sometamos su tierra á nuestro poder, y obraremos perfectamente, porque es muy buena," (2). Haciendo de la guerra contra los Visigodos una lucha del catolicismo contra la herejía arriana, Clovis ganaba para su causa á las poblaciones del Mediodía. Los obispos habían entrado en relaciones con el joven conquistador desde el día de su conversión. En el año 496 fué depuesto Volusiano del obispado de Tours y llevado prisionero á España, acusándole de que conspiraba con los Francos; pero todo el alto clero abundaba en estos mismos sentimientos (3). Y cuando la guerra estalló, hubo muchos obispos que se pusieron á la cabeza de los feligreses para pasarse á los Francos (4). La invasión, tan ardientemente deseada por los jefes de la población galo-romana, no encontró obstáculo alguno; los conquistadores eran guiados y sostenidos como por una mano invisible (5).

El ingenioso *Dubos* ha tratado de justificar á los obispos galos: "Los emperadores, dice él, no habían traspasado parte alguna de las Galias; los reyes visigodos eran usurpadores, y los obispos, súbditos del imperio, no debían á aquéllos ninguna fidelidad," (6). Ese sofisma histórico no exime al clero galo-romano del crimen de traición. La dominación de los Visigodos tenía la legitimidad que todos los gobiernos; por consiguiente, era un deber para los obispos el serla fieles. Conspirando contra los príncipes arrianos, infringían los preceptos del apóstol en orden á la obediencia debida á

(1) SIDON. APOLIN., *Epist.* VII, 6.—GREG. TUR., II, 25.

(2) GREGOR. TURON., II, 37.

(3) GREGOR. TURON., X, 31; I, 33.

(4) FAURIEL, *Histor. de la Francia meridional*, t. II, p. 51-55.

(5) MICHELET, *Histor. de Francia*, lib. II, c. 1.

(6) DUBOS, *Hist. or. crítica de la monarquía francesa*, libro III, capítulo 18.

los poderes constituidos. Pero eso no ha estorbado que la Iglesia honre como mártires á los obispos culpables que sufrieron por su causa. El hecho es característico é importa insistir sobre él. Los defensores del catolicismo nos dicen todos los días que la Iglesia es el apoyo más sólido de la monarquía, y que ella sola enseña á los hombres á ser buenos ciudadanos. Pues hé aquí á esos buenos ciudadanos en el terreno de la práctica. Los jefes del clero hacen traición á su rey por la única razón de que no es ortodoxo. La verdad es que los católicos no conocen más patria que la Iglesia, y que desprecian los deberes más sagrados cuando está de por medio el interés de la religión.

Nosotros no negamos los beneficios de la conquista de los Francos; Clovis salvó al catolicismo. Pero ¿es esa razón bastante para legitimar la traición y para santificar los abusos de la fuerza? En el conquistador de las Galias no podemos admirar más que el genio guerrero, y la matanza que hizo de los jefes francos para consolidar su poder demuestra bien que, cuando convenía á su ambición, no retrocedía ante maldad alguna. La Iglesia debiera contentarse con bendecir la mano de Dios. El hombre era culpable; y si algo grande ha hecho, lo hizo como instrumento de la Providencia.

N.º 2.—Los Francos y la Alemania.

I.—Propagación del cristianismo.

La conquista de las Galias aseguró la existencia del catolicismo. Los Visigodos, encerrados en la España, se vieron obligados, para sostenerse en ella, á convertirse á la fe de Nicea; y cuando los Godos de Italia y los Vándalos de África sucumbieron á los golpes de Belisario, el arrianismo desapareció del mundo. Quedaba por convertir la Alemania pagana. La Iglesia tenía un admirable instrumento de propaganda en sus misioneros. Se ha deplorado que el cristianismo no se difundiese por aquel medio pacífico; pero esos lamentos pierden su fuerza ante la realidad. El apóstol de la Germania, mártir de su fe, confesaba que, "sin las órdenes y el temor del rey de los Francos, no hubiera podido dirigir los pueblos ni defender á los sacerdotes, á los monjes y á los servidores del altar, ni evitar las supersticiones de los paganos y el culto

sacrilego de los ídolos," (1). Y hay que tener en cuenta que Bonifacio predicaba el Evangelio á poblaciones sometidas al imperio de los Francos. En cuanto á las tribus independientes, rechazaban el cristianismo tanto como el yugo del extranjero. Á fines del siglo VII salieron dos monjes de la isla de Bretaña para propagar el cristianismo entre los Sajones, y ambos fueron asesinados. Algun tiempo después de la muerte de Bonifacio, estuvo á punto de sufrir la misma suerte el Anglo-Sajon Liawin. El ardiente predicador tuvo la imprudencia de amenazar á los paganos con la cólera de los Francos si rehusaban la gracia del bautismo; al oír lo cual, los Sajones exclamaron furiosos: "¡Perezca el enemigo de nuestros dioses y de nuestra patria!," É iban ya á asesinarle, cuando á uno de ellos se le ocurrió decir: "Muchas veces nos han venido enviados de parte de los Normandos ó de los Eslavos, y siempre los hemos despedido con regalos para sus príncipes; hé aquí el embajador de un Dios, y ¡vamos á darle muerte!," (2).

Quizá la lenta influencia de la civilización cristiana habría logrado triunfar de las antipatías de aquellos Bárbaros sin ayuda de los guerreros; pero no estaba solamente interesado en su conversión el cristianismo; lo estaba además el porvenir del Occidente: pueblos paganos rodeaban el imperio de los Francos, como ántes los Germanos habían rodeado el imperio romano. Apenas asentados en sus conquistados territorios, los Francos se veían amenazados de una nueva invasión que hubiera sido más desastrosa que la primera, porque los paganos venían como enemigos del Dios de los cristianos, y la necesidad de la conservación obligó á los Carolingios á llevar la guerra y el Evangelio á las poblaciones del Norte de la Alemania. Así se explica su conversión á mano armada, más propia de los sectarios de Mahoma que de los discípulos de Cristo. Pero, aunque se verificó contra el espíritu del Evangelio, no puede negarse que tuvo felices resultados. La violencia cesó con la conquista, y entonces vinieron los pacíficos monjes, que desbrozaron los bosques, cultivaron el suelo y sembraron sentimientos de moralidad en medio de aquellos pueblos bárbaros. Así se detuvo la inmigración, que no permitía que se asentase y arraigara la ci-

vilización en el resto de Europa. La unidad de la Alemania fué preparada por la unidad de creencia y de dominación impuesta á sus tribus: "Los Francos, los Alemanes, los Bávares, los Suabos, los Turingios, los Frisones y los Sajones, unidos por lazos más fuertes, se fundieron progresivamente en la misma comunidad social, política y religiosa, y formaron el nuevo imperio germánico, que fué la vanguardia de la civilización," (1).

II.—La guerra.—Conquista.

Roma sostuvo una lucha larga y sangrienta con los pueblos germanos. ¿Por qué fracasaron las legiones? Porque llevaban la civilización material é intelectual de la antigüedad, pero con ella el despotismo, el paganismo y la corrupción. Y es que los Germanos, destinados á regenerar el mundo antiguo, debían permanecer libres y puros hasta el momento en que la Providencia los llamase á desempeñar su alta misión. La hora había sonado. Los Bárbaros convertidos al cristianismo se repartían el imperio. La Alemania debe entrar en la sociedad cristiana, y los Francos son los misioneros armados del Evangelio: tal es la razón providencial de su feliz éxito. Dios había preparado el camino á los conquistadores. Cuando los Romanos entraron en lucha con los habitantes de la Germania, estaban éstos en toda la fuerza de su salvaje independencia. Pero las invasiones precipitadas de las hordas asiáticas y las excursiones de los pueblos de la Alemania la trastornaron; y cuando los Francos, dueños de las Galias, emprendieron la conquista de su antigua patria, se encontraban en completa disolución (2).

Los Francos hicieron la conquista de la Alemania con asombrosa facilidad: una sola batalla bastó para someter á los Turingios, y en el siglo VI se encuentra á los Bávares unidos al imperio de los Francos, sin que se sepa cuándo ni cómo se verificó la reunión. Los detalles de aquellas campañas serían de escaso interés; lo que importa hacer constar es que la civilización de la Alemania procede de la conquista de los Francos. Si hemos de creer los reproches que *Gregorio de Tours* pone en boca del rey de los Francos, para

(1) MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX*.—WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. I, p. XXIII; t. II, p. 4.

(2) WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. II, p. 62.

(1) *Epist.* S. BONIFACII, III, p. 6, ed. Serraf.

(2) MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX*.